

ÁLVAREZ ORTEGA: UN RECONOCIMIENTO

POR ANTONIO COLINAS

Creo que ya es hora de que se haga público un homenaje a la persona y a la obra de Manuel Álvarez Ortega. Y digo que “ya es hora” sin pesadumbre ni reticencias: el homenaje cae por su propio peso; no es fruto —como tantos inmerecidos homenajes— del compromiso, del falso aplauso. Esta llamada a la atención sobre la obra de Álvarez Ortega no es sino la reafirmación de lo que los verdaderos amantes de la poesía entrevieron hace tiempo. Este de ahora es un homenaje público, pero gozaba, desde hace tiempo, el poeta andaluz, del secreto y fiel homenaje de amigos y estudiosos de su poesía.

La actualidad de la poesía de Álvarez Ortega llega a la par de la de todo grupo cordobés de las revistas “Cántico” y “Aglae”. Nunca como ahora los nombres de Ricardo Molina, Pablo García Baena, Juan Bernier, Julio Aumente, Mario López, estuvieron tan cargados de interés. Después de un rumor causado por determinados —y por cierto nada despreciables— movimientos poéticos de las postguerra el grupo cordobés sale definitivamente a la luz, es motivo de aprendizaje, causa de conocimiento y rigor, resultado de honesta y emocionada poesía. Ellos no sólo recibieron inteligentemente el mensaje de la “Generación de 1927”; también lo prolongaron y lo renovaron con nuevas vivencias, con nuevas lecturas y estudios críticos. (Recordemos a este respecto la obra póstuma y magnífica de Ricardo Molina, “Función social de la poesía”, recientemente aparecida. Bajo ese título simplista y engañoso hay todo un contenido exhaustivo, una Poética ambiciosa, los frutos de muchos años de silencioso y concienzudo trabajo).

Pero no sólo aparece el “Grupo Cántico” unido al “27”. También se funde con la nueva poesía; aporta a ésta notables particularidades. La emoción, la delicadeza y la intensidad de los versos que escriben estos poetas responden al medio natural en el que vivieron: el Sur. El sur como un fantasma de sombra y luz; el sur entrevisto en hondos y dulcísimos atardeceres; el sur de ahora y aquel otro de entonces moruno y romano; el sur de Lorca afinado, pulido, traslúcido; el sur del mar y de la sierra, de las algas y del ruiseñor. Una tierra que, concretamente, en el canto de Manuel Álvarez Ortega adquiere desgarrados y solemnes sonos. Hay algo que calba en su poesía, que impone un ritmo firme al verso. Una rica verbosi-

dad con la que se nos entrega un paisaje turbio, vegetal y marino; un paisaje de luces machacadas, desconocidas; un mundo interior de vivos sentimientos disueltos por la experiencia, por el amor y los sueños.

Es la obra de Alvarez Ortega —en su temática y en su forma, en la torrencialidad de lo publicado y de lo inédito— uno de los testimonios más acabados, significativos y —desgraciadamente para muchos— más desconocidos de nuestra postguerra. Yo creo en la progresiva revitalización y conocimiento de su fecunda obra.

La poesía de Alvarez Ortega no sólo se comunica con la del grupo “Cántico” y con la de nuestra más próxima y definitiva generación poética: la del “27”. Al mismo tiempo está unida a las promociones más jóvenes y, especialmente, a aquellas que, sin olvidar la emoción profunda y la intensidad en poesía, han buscado nuevas formas de expresión formal.

La función como ensayista y traductor de Alvarez Ortega —recordemos su monumental Antología de la poesía francesa— queda muy lejos de la intención de estas líneas deshilvanadas. De todo ello irán hablando, con el tiempo, los estudiosos.